

ascua, al único defensor del calor extremo, al apologista de la canícula, al exaltado que quisiera divinizar á los hombres, repitiendo el milagro de la Pentecostés.

Me ha sido imposible; al llegar á su humilde vivienda he sabido que ha muerto esta tarde, al pasar frente á la fuente de la Cibeles, de un tabardillo.

*
* *

Una muchacha me ha pedido un libro, y yo le he entregado *La perfecta casada*. Me lo ha devuelto con la más amarga de las sonrisas.—¿Para qué necesito ese libro?—me ha dicho.—Lo probable es que no me case jamás.

Entonces he pensado que hace falta escribir *La perfecta soltera*. A la casada puede hacerla perfecta el amor. Sin él fracasarán siempre Michelet y fray Luis. No hacen falta consejos ni admoniciones allí donde lo enseña todo el instinto. Pero para poder resistir la vida solitaria, sin hombre que proteja, sin hijos que acaricien, esperando siempre un suceso que cambie el panorama de la vida, un aldabonazo á las puertas del corazón que tarda en sonar, un abandono infinito é irremisible, ¡para eso sí que hacen falta libros! Libros que consuelen, que enjuguen lágrimas amargas ó que acostumbren á las pobres mujeres á defenderse de esa grande y odiosa iniquidad que se llama el celibato masculino.

Hemos aprendido de Epicteto que, entre las cosas que menos importan, están los hijos y la mujer. La Iglesia nos ha dicho que el matrimonio no puede ser el estado perfecto, y Goethe que el genio fracasa en la vulgaridad de la vida tranqui-

la de familia. Lo oímos también á nuestros amigos: casarse es cerrar las puertas del porvenir. Así dejamos pasar los meses y los años, y un día, cuando se nos dice que también nosotros podríamos constituir un centro de afección, un núcleo de vida, amar y ser amados, contestamos seca y concisamente:—Es tarde.

Es verdad. Es tarde para regenerar nuestro espíritu, embotado en la sensualidad, encanallado no pocas veces en la delectación egoísta. Es tarde. No sabríamos proteger ni ser protegidos, officiar á un tiempo de sacerdotes y de dioses en ese templo del verdadero amor que tiene dos aras y en que no hay sacrificio sin recompensa; saborear esos goces puros, exquisitos, impagables, reservados á los organismos selectos. Seríamos incapaces de hacer la conquista lenta, tenaz, incasante, de un espíritu débil, soñador, femenino, nosotros que nos vanagloriamos de haber conquistado tantos cuerpos ó de haberlos pagado á tanto la pieza. No sabríamos ya jamás lo que es la presión sobre nuestro brazo de una mujer que nos lo debe todo y que, cuando ve marchitarse su belleza y su juventud, encantada de nuestra constancia, reconocida á nuestra grandeza, se apoya en nosotros como una enfermita del alma y nos recompensa con esa ternura, con esa devoción absoluta, sin la cual jamás puede haber completa y segura posesión.

Pero nosotros estamos ciegos. Creemos que han sido nuestras muchas mujeres que nos entregaron sus cuerpos, mientras su cerebro seguía siendo para nosotros un enigma. Nos aburríamos de ellas sin haber hecho sino tocar su piel. Supusimos que una sola mujer nos cansaría pronto, incapaces como éramos de encontrar en ella siem-

pre lo nuevo, lo inesperado, la realidad inagotable. Creímos conocer á fondo lo que no vimos ni en uno solo de sus infinitos aspectos. La mejor prueba que damos los hombres de vulgaridad, es desdeñar por cansancio á una mujer, como si fuera posible llegar á conocer en absoluto todos los misterios del alma femenina, todos los encantos nuevos que puede desplegar á la evocación de otra alma gemela, todos los secretos hondos de su ser delicado y complejo. No pudimos encontrar ni un solo destello, allí donde un cincel más diestro y genial hubiera hecho surgir tesoros de cambiantes de luz.

Agotados, mustios, sintiendo, como Gautier, no poder inventar un nuevo pecado, llegamos á doblar esa cumbre tras la cual no hay más flores que las que supo sembrar uno mismo. Nos encontramos solos, y nuestra grosería escéptica llega al fin á aterrarnos. Es tarde. Entonces el encanto nos hace repetir todas las invectivas que los sombríos Padres de la Iglesia fulminaron sobre la mujer. Es infame, es necia, es incapaz de saber y virtud. Así fueron los hetairas que conocimos, ó al menos así fueron para nosotros. Lo que no pudimos soñar es que á la mujer hay que crearla, y que esa labor es penosa y lenta, y está reservada, no á los necios, sino á los elegidos que llevan en la frente una luz y en la mano un cincel.

Durante nuestros años de disipación, en que malgastamos nuestra juventud y nuestra inteligencia, arrojando perfumes en vasos perforados, depositando joyas en arcas sin fondo, vertiendo ideas en cerebros vacíos, pasaron á nuestro lado y nos miraron con profunda tristeza muchas blancas imágenes, deshojando guirnaldas, á las cuales no concedimos ni una mirada ni una sonrisa, y

que se alejaron mudas y tristes. Cualquiera de ellas nos traía el amor verdadero. Unas nos parecieron pobres, otras incapaces; ésta voluble, aquélla vulgar. No imaginamos que corregir aquellos defectos era obra del amor, y además nos repugnó la idea del sacrificio. Preferimos vegetar solitarios; pero al fin la vejez nos sorprende, y entonces buscamos á deshora la unión ilegal con la advenediza que no nos comprende, ó la sirvienta que nos explota. Sobre nuestra frente ha escrito el destino: *Ni amor ni virtud.*

Sí. Hace falta para las solteras un libro. Un libro en que se les enseñe á conocer á los egoístas y á separarse de ellos; en que se pidan medios de defensa y trabajo; en que se busque el medio de emanciparlas. Son muchas las mujeres que ven marchitarse su juventud sin que llame á sus puertas un hombre honrado. Cada vez serán más, porque cada día es mayor la miseria y la prostitución, y los hombres más débiles para la lucha y más incapaces de amor verdadero.

Pero, para que se escriba ese libro, es preciso cerrar esos otros en que sólo se habla á la mujer de deberes y jamás de derechos, en que se le niega el trabajo y la personalidad, en que se la somete al varón y se la considera un ser inferior y punto menos que irredimible. Hay que renunciar á fray Luis y oír á los apóstoles nuevos, que no hablan á la mujer de resignación, de fe y de obediencia, sino de emancipación y de amor.

*
* *

En todos los tiempos, los caudillos ó los gobernantes han sido hombres convencidos de estar asistidos de la gracia divina, ó simplemente escép-

ticos que han dejado los negocios ultramundanos á los monjes y á los cenobitas. Han sido Godofredos ó Cides, Carlomagno ó Bonapartes. Cuando esa célebre Juana de Orleans, cuya doncellez intriga tanto á nuestros vecinos, alzó el estandarte francés para combatir á las tropas de Enrique VI, lo hizo creyéndose llamada por Dios para empresa tan alta, ni más ni menos que David se creyó escogido para salvar al pueblo hebreo, ó Pelayo para empezar la Reconquista. Lo que nunca ocurrió es ser un penitente el que, dudando de su misión, reconociendo sus propias culpas, se encargase de realizar esas empresas, reservadas, no á los rezadores, sino á los justos y á los elegidos.

Porque parece demasiado fuerte que un hombre haga esta oración ú otra análoga: «Señor, yo no soy digno de tus beneficios; en vista de lo cual, los voy á repartir por el orbe. No soy bastante fuerte, en cuya atención voy á hacer fuerte á una nación entera. Yo reconozco mi ignorancia y por lo mismo, voy á enseñar al prójimo. Soy el último de los pecadores, lo cual me autoriza á castigar los pecados ajenos y las culpas de los demás.»

No. Esto no se ha hecho nunca. Lo que se ha pronunciado es muy diferente. Se ha dicho: «Soy el elegido por Dios y habréis de obedecerme»; ó bien: «Tengo la gracia y os la quiero comunicar.» Pero confesar cándidamente que se está expuesto á entrar en el infierno y empeñarse en llevar á las gentes á remolque, eso parece demasiado, aun á los espíritus más tolerantes.

La noche que precedió á la batalla del Gránico, no fué el plano de las Hespérides lo que estudió el héroe macedonio, sino el de los lugares ocupados por los ejércitos de Darío. La víspera de la conquista de Alarico, no impuso César á su

cuerpo flagelaciones, sino baños estimulantes; el piadoso hijo de Pepino, después de fundar el mayor imperio del mundo, exclama: «No es posible que el Señor vele por cada uno con el cuidado necesario; por lo cual es preciso que cada cual se aplique á mantenerse por sí.» Excomulgado el genio de Wagram y Lodi, contestó á las injurias de Pío Papa con esta sola frase: «Decidle que cuide de lo suyo.» La razón de estas indiferencias, ornadas siempre de laureles, la ha explicado muy bien Juan Jacobo. «Un ejército de penitentes—dice—será siempre una cohorte de esclavos. ¿Qué les importa la derrota y la muerte? Su reinado no es de este mundo.»

Por eso la gloria de Enrique IV no se llama Canosa, sino Vervins; y el pueblo francés, que olvidó la apoteosis de la diosa Razón, conservó el culto de Germinal. Por eso ni á Washington, ni á Franklin, ni á Louverture, ni á Bolívar, ni á Robert Peel, ni al marqués de Hito se les representa calzados de sandalias, ceñidos de cingulos y cubierta de ceniza la frente, sino con la cabeza levantada, la mirada fija en el horizonte y en sus manos las leyes que aseguraron la independencia y la libertad de los pueblos.

Son incompatibles la penitencia y el caudillaje. Quien rige á una nación, si es creyente, debe sentirse digno de ser instrumento de los dioses; como el legislador hebreo, sólo acude á los montes ardientes para descender de ellos trayendo en su mano el Decálogo. Si se inspira en otros principios, si ha acertado á esparcir la idealidad sobre el mundo y las cosas, si siente el ansia de lo infinito de otra manera que recitando vanas sentencias y sometiéndose á prácticas propias de bonzos y fakires, entonces marcha desembarazadamente

por el camino que le señalan de consuno el claro entendimiento y el amor á la Humanidad.

¡Triste nación aquella en donde los encargados de dirigirla piden á las imágenes y á los iconos la perspicacia que no tienen, el vigor que les falta, la imparcialidad y alteza de miras que sólo se adquieren por la constancia en la propia labor! Ese pueblo podrá ser un inmenso claustro, un enorme redil de místicas ovejas, un magno falansterio de soñadores y devotos. Lo que no podrá ser, porque ni la pasividad engendra energías ni la flor sin estambres frutos, será un pueblo *sui juris*, un conjunto de ciudadanos, una colectividad consciente de su fuerza y vigor y señora de sus destinos.

* * *

En la vida, la decantada inferioridad mental femenina no se ve por ninguna parte. Gobernados estamos por hombres y no pueden hacerlo peor. Hombres son nuestros sabios y no se hartan de decir tonterías. Entretanto, vosotras, las mujeres, hace ya muchos siglos que os estáis haciendo las bobas... y os metéis en casa. Dais menor contingente al crimen, al suicidio, al alcoholismo, á la barbarie. Os despedazáis menos y acabáis siempre por hacer vuestra santa voluntad absoluta.

Es preciso no haber visto niños y niñas para ignorar que éstas son siempre más reflexivas y más discretas. Es menester no haber observado obreros y labriegos para ignorar que hay más brutalidad, pero mucha más, en ellos que en sus mujeres. Es necesario vivir fuera del mundo para desconocer que allí donde se reúnen personas cultas, parten del sexo femenino todas las voces de tolerancia, todos los rasgos de perspicacia, todos

los arranques de dignidad y de pundonor, que no suponen el más despreciable de los talentos.

Y en punto á pequeñeces... Llena llevo el alma de heridas; ninguna de ellas ha sido abierta por la bendita mano de una mujer. Hasta cuando alguna me ha parecido repulsiva, he encontrado tras ella la odiosa sombra de un corruptor ó de un consejero, de un amante ó de un cortesano, de un mal padre ó de un mal marido, de un rascacuero ó de un confesor.

¿Qué queda al hombre, pues, para demostrar toda esa pesada sesera? Queda la ciencia de minucias, el estudio de pequeñeces, que, por miedo á la competencia, pretende siempre monopolizar; queda el amontonamiento de falsas verdades, el moderno análisis, postrera embriaguez de los espíritus atormentados, acaso la última de todas las mentiras, y por serlo, la más dolorosa...

* * *

Es un maravilloso episodio, ocurrido entre frondas, allá en esos perfumados Jardines condeñados á implacable y segura tala. Bajo las umbrias, la música acompañaba un vals lento; millares de luces rojizas y azuladas, unas grandes como satélites, otras pequeñas como encendidos tulipanes, nos cegaban con sus esplendorosas y hormigueantes incandescencias. Ante los ojos sorprendidos pasaban centenares de mujeres hermosas, cubiertas de galas y deslumbrantes de pedrería. Al mirarlas se pensaba en hadas é insectos de coselete de oro, en sultanas y en geishas, en somnolencias de estatuarios y delirios de orfebres. Carnes amasadas con capullos de nardo escondían su timidez de nácar en gasas y bullones y

pliegues fantásticos. Al paso de aquellas mujeres surgían frufutaciones y aleteos y chasquidos como de brotes juveniles que estallan lujuriantes, y charloteos de alondras gozosas y susurros de aguas tranquilas y transparentes. Al verles, pensaba yo: ¿En dónde florece tanta hermosura? Y mi amigo decía bajito: ¿En dónde estaba escondida tanta riqueza?

Entonces fué cuando una figura legendaria, *de bianco vestita*, majestuosa, solemne, hada entre las hadas y reina entre las reinas, se volvió súbitamente hacia mí, y confundiéndome con su hermano, me dijo con espontaneidad candorosa:

—¿Sabes? Me repite el pepino.

No he reído. ¡Qué he de reír! La muchacha ha palidecido de pronto y ha quedado inmóvil como si fuera de alabastro. ¡Pobrecilla! No sabía que un grano de arena *rémora puede ser de nuestras glorias*, y una pipa de cucurbitácea puede hacernos bajar de los más altos capitolios. Además, en medio de la muchedumbre, me he sentido transportado al virgiliano y solitario huerto donde

*...inter flumina nota
et fontes sacros, frigus capitabit opacum.*

Y he sentido olor á frutos maduros y á flores acres y amarillentas; y he rememorado al primer Carlovingio; y he recordado la aldea con sus cabañas de rastrojos, en donde no había encajes, ni sedas, ni joyas, ni vals lento, ni princesas de Scherazada.

—Señorita—he podido decir á la conturbada doncella,—no hay para qué afligirse, ni sois vos aquí acaso la única beldad á la cual repite el pe-

pino geórgico. Otra vez cortadlo en rodajas muy tenues, dejándoles su agreste corteza; espolvoreadlas con sal y mudadles el agua de hora en hora. Así aderezado y servido en platos argénteos, ese humilde producto campesino á mí no *me repite*: entre otras razones... porque no le cómo.

Pero ¿de qué suerte iba á contestar? Estaba pensando en si todo aquel espectáculo no tendría mucho de vanidad y pompa. Recordando viejas lecturas salmodiaba en coplas de Jorge Manrique ironías amargas de La Bruyère. En medio de tanta grandeza, era posible el desabrimiento del manjar despreciado, devorado en el hogar frío, sin mantelerías y sin porcelanas, sacrificado al esplendor de un día y á la gloria fugaz de una noche.

Las luces me han parecido entonces menos brillantes, las arboledas menos frondosas y el vals más vulgar y monótono.

Si, un día iremos por el mundo engalanados con nuestras joyas de similor, ornados con nuestras apariencias de nación culta, y haremos ante el mundo asombrado la confesión de la conturbada doncella. Traemos una herencia de miseria y de obscuridad, un hábito de inopia y de mala alimentación. En ciencia, como en política, como en arte, nos hemos alimentado de cucurbitáceas, y es en vano disimular cuando ellas se nos vienen con sus acidumbres á la boca.

Parecemos ricos, cultos, sabios, potentes. Pero la Naturaleza ultrajada se venga. Nos amarga el pepino.

* * *

Lo primero que he hecho al levantarme, ha sido abrir la ventana.—Buenos días, vecina. ¿Trabajando, eh?—Terminando mi disfraz de esta tarde.—¡Caramba! ¡Quién pudiera acompañar á usted!—¿Sabe usted lo que dice el periódico?—Si usted no me lo cuenta...—Que hay que matar á todos los viejos.

He sentido un escalofrío de terror y he corrido hasta colocarme frente al espejo. Debo decirlo sin modestia; no he encontrado una cana en mi cabeza, ni un desfallecimiento en mi corazón, ni gota de veneno en mi sangre, ni un adarme en mi espíritu de cansancio. ¡Ah—me he dicho, como Chenier,—morir teniendo en mis manos rebosante la copa de la vida! Todavía no, amigos míos. ¡Todavía no!

Y matar á los viejos... ¿por qué? Por mi parte no me siento verdugo, y además, ¿cómo conocer á los jóvenes? La juventud es idealidad, y hay tantos hombres sin ideales... La juventud es vida, y hay tantos hombres muertos... Hay quien se inclina al peso de los años manteniendo su espíritu inflexible y quien camina gallardamente con la mocedad en el rostro y lleva la conciencia encorvada en fuerza de ajusticiarse en ella á sí mismo.

¿Hay que matar á la decrepitud? Matemos. Pero sepamos de una vez en dónde están los jóvenes, para aclamarles, para coronarles de pámpanos, para sentarles al banquete socrático, en espera de la arrebatadora elocuencia que nos cautive, del noble entusiasmo que nos atraiga, y sin el cual la juventud no es sino una anticipación desventurada de esa edad en que el corazón se deseca y la idealidad se marchita.

—Vecina; por una vez el periódico ha hablado como un libro. Es preciso matar á los viejos. Hoy es ya Carnaval y voy á celebrarle decapitando mentalmente todo lo viejo, todo lo rancio, todo cuanto representa anacronismo, debilidad, degeneración y agonía. He afilado bien la segur. ¡Oh viejos, preparaos á bien morir!

Pero vosotros, jóvenes escépticos, fríos, agotados, degenerados, enfermos, especuladores retrógrados, misonieistas hipócritas, preparaos también, que aquí está Guillotin con su limpia cuchilla. Tenéis cabellos negros. Pero ¿yo qué sé si os los habéis teñido? Podéis llamaros jóvenes; pero la decrepitud tiembla en vosotros.

¿Que no me entiende usted, vecina? No importa. Sé que va usted á Recoletos y puede ayudarme á matar gente vieja. Si ve usted que un joven le asalta, le empuja, le maltrata, le arroja papelillos al rostro, le golpea con objetos ridículos y ríe brutalmente, dele usted por difunto. Es un viejo que se ha teñido las canas, un valetudinario que no ama á la mujer, que no conoce las ternuras de que es capaz. Si encuentra usted un arrogante mancebo que se santigua en plena calle, que abomina al hablar de los adelantos modernos y asegura que es necio luchar por las ideas, avise usted á la parroquia para que le preparen y no vaya á perder con la vida la bienaventuranza.

Vamos á acabar de una vez con lo viejo, con lo gastado, con lo que se cae por flojedad ó por podredumbre. Para rato tenemos, vecina. Pero ¡por Dios! no vaya usted á matarme al Carnaval, que ya está el pobre bastante apurado, sin necesidad de puñal de misericordia.

Ya verá usted, vecina, ya verá usted, fuera del sol que nunca se apaga, fuera de la belleza que siempre se renueva, cuántas cosas viejas hay esta tarde en Recoletos. Los mascarones, los atrope-
llos, los cien mil desgraciados que van á ver con mansedumbre cómo se divierten dos mil afortunados con dinero. Y en el alma de todos, ¡cuánta vejez y cuánta ruina, cuánto sillar sacado de quicio, cuánto puntal apolillado, cuánta pared que se hace polvo! Tendremos que matar á tantos... á tantos, que aquello va á ser un retablo en que toda mujer será Melisendra y todo varón el Rey Sobrino. Vaya usted quitando cabezas de gente que piensa como se pensaba en tiempos del Cid, ó de Torquemada, ó de Calomarde; de gente gastada, escéptica, que se burla de la vida para disimular su agotamiento; de gente que se asusta de todo, que se escandaliza de todo... ¡Bonito va á quedar Recoletos en Carnaval!

Y aun es fácil que á nosotros mismos nos alcance la pena. Todos llevamos algo viejo adentro, muy adentro, algo caduco que con sobresalto sentimos vacilar y desmoronarse y caer envuelto en monótonas melodías... En fin, la ley es dura, pero hay que cumplirla. Todo lo viejo estorba. Y si nosotros también perecemos en aras de esa gran juventud, que no parece por ninguna parte, ¿qué le hemos de hacer, encantadora vecina? Que nos entierren juntos.

* * *

Frente á la majestad de la noche, ante la línea rígida de una planicie destacada en horizonte abierto, mirando la bóveda azulada por la luz de la luna, ha venido la blonda adolescente á sentarse junto á mí en la terraza.

Nos bañaba una luz indecisa, algo como una tenue fosforescencia producida por el esplendor sideral; se escuchaba detrás de nosotros rumor de hojarascas, agitadas por ráfagas sutiles: un pájaro nocturno hacía vibrar á lo lejos su débil é isócrono grito.

Un perfume á cosas vivas é intensas se escapaba de la tierra adormida, impregnada en aromas nupciales. Una magnificencia lujuriente parecía extenderse por todo el espacio infinito. Ha sido entonces cuando, volviendo hacia mí sus ojos glaucos, sedientos de luz, haciendo ondular las rubias guedejas, me ha dicho aquella tierna mujer en promesa:—Explicame lo que son el mundo y las cosas.

He sentido aguzarse mi oído, afinarse la percepción en mis pupilas, exaltarse mis sentidos en una especie de catalepsia hipnótica, y he visto á distancia, como los místicos, como los visionarios, como los sometidos á sugestión.

Y he mirado bajo las alfombras de césped combatir los gusanos por la simiente ó por la brizna, y en las aguas luchar á los animalillos microscópicos por la presa más diminuta aún. Y he visto que cada eclosión era un sacrificio y cada rumor una queja y cada sacudida un triunfo y una derrota.

En todas partes el desequilibrio, la desigualdad motivando el empuje, y el empuje el nivel momentáneo. La lucha del fuerte contra el débil; doquiera la fuerza brutal imponiendo sus dictados mecánicos. Y arriba, el espacio solitario de deidades, desamparado de providencias, surcado por satélites muertos, por astros incendiados y por mundos vacíos.

Y la adolescente ha repetido su cariñosa sú-

plica, y su voz tierna, mimosa, casi doliente, ha modulado otra vez las mismas palabras:—Dime lo que son el mundo y las cosas.

—El mundo—he contestado—es una hoguera encendida al beso de los átomos, donde todo fulge sin consumirse. El cielo es una bóveda trasluciente, bajo cuyo fanal luminoso vagan los espíritus soñadores, embelesados al contemplar el parpadeo de las estrellas.

El sol es un genio invisible que vaga en su carro tirado por corceles de crines de fuego. A su paso derrama la abundancia y la vida. La luna es un alma solitaria esponjada de auroras, que va vertiendo melancolías bajo doseles gigantes, tachonados de sueños que brillan y esperanzas que fulgen.

Los árboles son hijos de las selvas, que al columpiarse nos fingen leyendas románticas; los ríos son lechos movibles, en que reposan cánticos y en que bañan sus cabelleras las hadas de los bosques; los mares no son sino valles risueños, en cuyo suelo hay selvas de coral y alcázares púrpúeos y nacarinos, pero cubiertos de un manto de plata que unas veces se deshace en espumas y otras se despliega con grata mansedumbre para cantar el himno armonioso de la alegría y del amor.

La niña, embelesada, me ha mirado con sus ojos abiertos. Se ha pasado la mano por la frente y luego ha murmurado muy quedo:—¡Eso mismo es lo que se me ha dicho muchas veces!

¿Para qué romper el ensalmo, deshacer la ficción, quebrantar el ensueño? Alumbrar las cavernas, ¿para qué? Dejemos que en su seno dancen los gnomos. Ellos, con sus diminutos martillos de plata, labran la única dicha, y con sus prodigiosos

buriles cincelan y esculpen esos bajorrelieves fantásticos que el tiempo implacable se encarga de borrar.

*
* *

Es un secreto, un secreto que todos sabemos: el teatro clásico muere. Y aun hay algo más triste: debe morir. Pese á los meritorios esfuerzos de María Guerrero y Díaz de Mendoza, el drama no agrada á nuestro público. Las mismas obras de los genios de la dramática española necesitan ser, ¿cómo lo diré?, *frivolizadas*, para pasar entre murmullos y bostezos. Lo serio desentona en esta sociedad enemiga de todo lo grande. El verso no pasa; la prosa lírica, tampoco. ¿Qué hacerle? Esta es la generación del *morrongo*. No podemos enseñar á nuestras mujeres en el teatro la virtud, la hidalguía, la abnegación, el desinterés. No. Nos despreciarían demasiado.

Pero no hemos de echarnos la culpa á nosotros mismos. Es que no hay autores. Si fuera en el extranjero... Sobre todo en el Norte. ¡Ah! ¡Ese Ibsen! ¡Aquel Suderman! En fin, que no hay autores. Y por eso, por llenar tan sensible vacío, todos hemos escrito un drama. Un drama inspirado, trascendental, moderno, que guardamos en un cajón esperando la mano de nieve... que ha de rasgarlo.

Eramos casi adolescentes cuando leímos á nuestros amigos las primeras escenas.—¡Chico, eso está muy bien!— nos decía alguno con fingido entusiasmo. Pero nosotros vislumbrábamos en su mirada burla ó desprecio, y rompíamos las cuartillas. Verdaderamente, aquello era cursi. Pronto rehacíamos la labor, sin embargo. Otras

veces se nos decía francamente que nuestro trabajo era una tentativa, y hubiéramos querido despedazar al censor cruel y sincero. Todo pasaba pronto; y á solas, vertiendo lágrimas de rabia ó de desconsuelo, nos decíamos que tenía razón; que no habíamos acertado á romper los moldes de la vulgaridad; que debíamos renunciar á la literatura dramática. ¡Renunciar! Era demasiado doloroso. No haríamos el drama; no llegarían á tomar cuerpo los personajes, á los cuales veíamos ya agitarse, hablar y entusiasmar al auditorio; pero nos propondríamos siempre hacerle. Y el drama allí estaría, dentro de nosotros, abrumándonos como un destello de grandeza, resonando en nuestro interior como un vago preludio de gloria. Poco á poco nos fuimos acostumbrando á nuestro papel poco modesto de genios no comprendidos, y esto dió á nuestra expresión algo doloroso. Nada hay tan triste como una injusta vanidad frustrada.

Entretanto fueron desapareciendo de la escena del mundo todos los seres para los cuales hubiéramos depositado lauros y palmas. Las canas han blanqueado nuestra cabeza. Otras ideas, otros procedimientos han sucedido á los que quisiéramos imitar, y nos encontramos cada vez más distanciados del triunfo. Pero no nos consideramos vencidos. Tenemos nuestra drama, escrito ó no. Y miramos con altivez en derredor nuestro como si tuviéramos la conciencia de ser vencedores un día.

Todos los años leemos con avidez el nuevo cartel que anuncia la próxima campaña teatral. Allí estan los títulos de muchos dramas nuevos de otros tantos literatos dichosos. Sentimos entonces el escozor de la humillación. Nos parece

que todos aquellos autores nos roban un sitio que era nuestro, que se nos posterga, que se nos injuria. Sin embargo, nuestro drama no está aún escrito ó no ha salido de su escondrijo. Si no se representa, ¿qué culpa tiene nadie? Volvemos la espalda al cartel con despecho. Decididamente, el teatro está en decadencia. La verdad es que no hay autores.

Un día se nos habla de intentar la empresa, de dar forma á nuestro pensamiento ó sencillamente de sacar del cajón en que yace el empolvado manuscrito, y sentimos una sacudida de terror. Suponemos que el público ha perdido el buen gusto y que pudiera rechazar nuestra obra, el hijo amado de nuestro corazón. No. No nos atrevemos. El drama permanecerá allí: en los limbos de nuestro pensamiento inconcreto ó en la soledad del estante. Todos los días podremos fijar la mirada sobre su manoseada cubierta y recrearnos leyendo en sus gruesos y floreados caracteres: *La Nueva Iliada*, drama en tres actos y en verso, por don Fulano de Tal.

Y así seguiremos hasta que nos sorprenda la muerte. Después... Después un día nuestro sucesor tomará el manuscrito en sus manos, y, colándole sobre un montón de papeles viejos, dirá entre compungido y mohino, si es que no con supina indiferencia: ¡Qué cosas tenía papá!

*
* *

En sentir de los aficionados á la fiesta de toros, hay en ella dos cosas incomparables: la ida y el desfile. ¡Lástima que este elogio de lo que precede y sigue al espectáculo sea su condenación más sincera! ¿Qué diversión es esa cuyo deleite termi-

na apenas comenzada, para no reanudarse sino en el momento preciso de abandonar la localidad y salir del circo? Admitiendo como buena la razón de quienes se entusiasman con el estrépito de los carruajes, las voces aguardentosas de los cocheros, el colorín de los tocados y el espectáculo de la muchedumbre, la llamada fiesta nacional pudiera hallar defensa sin más que suprimir el toro y el torero, los dos protagonistas de esa lucha, en la cual el primero pone la nobleza, el arresto gallardo, la valentía y el poder, y el segundo la astucia, el recelo, la huida y el engaño.

Tranquílense los aficionados. No he de repetir los argumentos innumerables aducidos en pro de la supresión de su diversión favorita. Ni diré que el toro no es fiera, sino un animal útil y manso, cuando no es atormentado cobardemente; ni que es innoble recrearse en el sufrimiento ajeno, ni aun siquiera que demuestra poco valor presenciar un combate desde el tendido. Ni recordaré á Jovellanos, ni á Fernández de los Ríos, ni aun á aquel embajador marroquí, quien interrogado por su opinión sobre las corridas, aseguró que para veras le parecían burlas y para burlas veras. Por mí, pueden los españoles seguir aplaudiendo al *Niño de la Tomasa* y al *Costra chico*. Ir contra la corriente quédese para la señora del molinero; mas no para quien sabe que está en un país en en donde se celebran *corridas patrióticas*, como si todo nuestro patriotismo debiera resolverse en correr.

Lo que no puedo menos de declarar es que lo que produce más pena, cuando el público sale de la Plaza, es ver á una mujer con mantilla blanca, hermosa, olímpica, reclinada en los almohadones, envuelta en blondas, ornada de claveles que

parecen huellas de besos sangrientos, que contempla á las gentes como debe contemplar la libélula el hormiguero desde la perfumada corola de un mirto. Si en mi mano estuviera hacerla descender del carruaje, lo haría y, disponiéndola un trono de flores, después de prosternarme ante su hermosura, le dirigiria mi temblorosa palabra en esta ó parecida guisa:

—Señora: Aquí como en Australia, en la China como en la Nubia, es la mujer desgraciada víctima de la brutal ferocidad de los hombres. Condenada á la ignorancia y á la pasividad, destinada á ser mueble de lujo y objeto de placer, alejada con soberano desprecio de toda labor intelectual y moral, apenas si su emancipación es un tropo articulado en el Calvario por labios divinos. Ella está condenada á esperar en vano el amor que pasa; ella ha de resignarse á sufrir al bueno ó al malvado que le toca en suerte; ella ha de dar sin protesta sus hijos á la guerra; si trabaja, su labor se equipara á la de la bestia de carga; si vacila, se la condena; si cae, se la escupe. Agobiada de obligaciones y deberes, carece de derechos. No se concibe que tenga inteligencia, ni voluntad, ni siquiera afectos. Su papel es el de satisfacer ansias groseras. Fuera de esta función, su misión es tan pobre como la de la flor; cuyo perfume aspiramos para arrojarla después que sus pétalos quedan marchitos.

Más de quinientos hombres, que se llamaban caballeros, acorralaron el último viernes á una mujer en la Puerta del Sol. Llorosa, llena de rubor y vergüenza, fué abofeteada, pisoteada, arrojada como una pelota de un lado para otro, con los vestidos negros rasgados, y maceradas y heridas las carnes, sólo por haber sido confundida con una

hetaira (1). Todos los días vemos amantes despechados que acuchillan á sus queridas, maridos que golpean á sus esposas, padres sin freno que martirizan á sus hijas. Todas las almas nobles claman en vâno pidiendo un poco más de misericordia, de piedad, de respeto, de enaltecimiento y dignificación para la mujer.

En estas condiciones, educar á los hombres, llevar á su corazón sentimientos piadosos, á su cerebro ideas de bondad, justicia y ternura, es meritorio. Endurecerle, acostumbrarle á la ferocidad, á la sangre, á la barbarie, es funesto. ¡Y ha de ser precisamente el esclavo, el vencido, el mártir, quien se haga cómplice de esa triste labor! ¡Ha de ser la mujer humillada quien aficiona al hombre á la lucha; despreciada, quien le sugiera soberbia; herida, quien le habitúe á la crueldad! No. Su misión es humanizarle, hacerle más piadoso, más noble y tierno. Y si esto no se lo aconsejara su deber, debiera dictárselo, aun cuando sólo fuera por el terror de su instinto.

La acusación más grave que se hace á la mujer para justificar su vil estado de dependencia, no es, como se viene creyendo, su menor desarrollo intelectual, no es su ineducación, no es siquiera su propensión á la fatiga y á la pereza; es su supuesta incapacidad para todo sentimiento impersonal, para toda delicadeza afectiva. Se la supone dispuesta á la sensiblería, á la emotividad de escaleras abajo. Jamás á la emoción pura y sincera que producen las grandes ideas y el ansia de perfeccionamiento y mejora. Ella se deslumbra ante el colorín; ella sólo sabe ver á Dios en el templo, á la patria en la bandera y los uniformes,

(1) ηταιρα.

á la verdad bajo las mucetas, á la caridad en los festivos. Se la equipara al triste salvaje á quien deslumbran los espejuelos, pero que es incapaz de admirar la belleza del color y la línea; á la lugareña que prefiere las toscas bayetas á los más finos y hermosos brocados. ¿Es ocasión para la mujer de prestar solidez á esa falsa creencia, dejándose deslumbrar por lo cursi, lo aparatoso, lo falso, por el valor de relumbrón, el patriotismo de zarzuela y la coquetería de villorrio?

Hoy mismo otras mujeres lloran con llanto amargo la dura ley que obligó á sus hijos y esposos á fingir arrestos y simular desplantes. ¡Pobre *Espartero!* ¡Desventurado Antonio de Dios! Ellos pensarían en la soledad de su infortunio que su corazón les deparaba otra suerte y su inteligencia otra senda que la que conduce á morir en presencia de unas hermosas, que jamás fueron dignas de emanciparse del Gineceo.

La mujer se suicida con su propia ignorancia. Pone todo su empeño en parecer sensual y así se la considera sólo como hembra; cifra todo su afán en endurecer y encallecer la mano bajo la cual padece servidumbre. Medite usted, señora, si su presencia en ese espectáculo que hace á los hombres feroces y duros no es una triste complicidad, no es á manera de un suicidio, un nuevo título á la servidumbre femenina, en perjuicio de tantas mujeres que no tienen mantilla blanca, pero de cuya emancipación depende el porvenir de nuestra patria y el destino de nuestros hijos.»

Esto dicho, la acompañaría de nuevo al carruaje. Y si sonreía indiferente, si arreglaba con indiferencia sus blondas, si aspiraba con goce sensual el perfume de sus claveles, que parecen huellas de besos sangrientos, desesperaría de una

vez para siempre de la dignificación de la mujer, y aun de su misión y porvenir en la tierra.

* *

No hace falta leer á Dupuis ni á Volney para suponer que el miedo á los truenos ha hecho muchos devotos. El horrisono tableteo que redoblaba las cóleras de una fuerza brutal é ignota; la cárdena fulguración que amenazaba incendiar la cúpula del orbe, y luego, tras la granizada, la centella hendiendo los troncos, quemando las mieses y aniquilando á los seres vivos, les sugirió la idea de una divinidad enojada, á la cual había que aplacar por todos los medios.

Se acudió, pues, á los sacrificios y á las ofrendas, á las luminarias y á los cirios. Ante los cúmulos y los cirros henchidos de fuego y fragor, la campana timbró sus dobles, ante los cuales unas veces se alejó la tormenta y otras provocó los sarcasmos del escéptico Diderot, arrasando el templo y pulverizando en ocasiones el ara misma del sacrificio.

Pero un hermoso día, allá en Norte América, un aprendiz de jabonero dióse á estudiar los fenómenos físicos é inventó el pararrayos. Comprobóse la utilidad del invento, y desde aquella fecha, los templos, las mezquitas y las sinagogas siguieron mostrando sobre sus rotondas el signo de su fe, estatua ó fétique, cruz ó media luna; pero, un poco más alto, encaramaron el pararrayos del viejo Franklin, *por lo que pudiera tronar*.

* *

Cada vez que el pedrisco asuela los campos, me represento el cuadro lastimoso que nos describe Turmo en *Miguelón*. Pueblos enteros, manadas si queréis de gentes huérfanas de cultura y de energías morales, han trabajado un año entero, con el ardor de la codicia en consorcio con la miseria. Han vertido sobre la tierra todo el sudor que pudo exigir la maldición bíblica; han arañado un día y otro día la costra ingrata y han visto crecer línea por línea los tallos jugosos como una promesa ungida de ensueño. Por esa labor han olvidado amores y alegrías, han luchado entre sí como lobos y han sentido extinguirse en su pecho los más hondos afectos. Y un día se presenta la nube plomiza, con su hervor trepidante, se detiene al fin sobre los campos verdégueantes y comienza el azote. Hundido en la oquedad de una peña ó guarecido bajo los desuncidos carromatos, el labrador ve con suprema angustia rebotar los primeros bloques del granizal. Cada nuevo golpe repercute en su tosco cerebro como un estampido. Luego descarga, por fin, con la rabia brutal de la fuerza ciega todo el meteoro; ni una sola brizna permanece erguida, ni la más fuerte espiga deja de troncharse. El torrente de piedra ya no brama, ruge el grito inmenso del vencimiento, el supremo alarido de la desesperación irremediable. Y cuando la nube se rasga y un rayo de sol alumbró el desastre total, el labrador está allí rendido, con la cara oculta en las manos, sollozando muy quedo el anonadamiento, la agonía, mientras la mujer contempla embobada arder sobre la mugrienta tarima ó el mueble patriarcal el cabo amarillo que encendió en la misa mayor sobre las viejas sepulturas.

Hay que hacer algo más que llorar; hay que

rebelarse contra el destino. ¿Para qué no decirlo? Hay que apagar sin piedad unas luces y encender otras.

*
* *

Las grandes tormentas son propias de los pueblos en que arraigan los grandes errores y cobardías. Nadie puede ignorar que hay una lluvia mansa, tranquila, que en Europa se llama *lluvia civilizada*. En los países que la tienen por patrimonio, los grandes bosques dejan escapar por los extremos de los ramajes la electricidad que neutraliza la de las nubes. El suelo, esponjado por las raíces, contiene las aguas, y en vez de verterlas á torrentes en cauces que parecen hendidos por garras de Satán, la retienen y la evaporan para que fecunde los valles cercanos. Allí, los explosivos, en vez de reservarse para las romerías, se utilizan como granífulos en disparos y chupinazos. El Estado protege ú organiza la Asociación y fomenta enseñanzas agrícolas, y cuando la granizada, por rara excepción, sobreviene, aparece el seguro para remediar infortunios y para secar lágrimas.

Aquí lo hemos talado todo: el bosque de ramajes y la selva moral. Abúlicos y aniquilados por treinta siglos de servidumbre, nos parece un deber impetrar de los santos lo que pudieran procurarnos los hombres. Y el granizo nos sobrecoge. No es sólo un gran desastre; es un inmenso remordimiento.

Pero esto no puede durar. Hay que intentar de una vez mirar á las nubes de cara y preguntar si puede remediarse con hierro lo que no ha podido evitarse con cera.

*
* *

El origen de la tiranía reside en el cuerpo social; está en el criterio fundamental erróneo que da á un hombre facultad para disponer de la vida de otro y considera que el dolor es fuente de vida. Está en el ascetismo con sus penitencias groseras é infecundas, en la intolerancia con sus suplicios, en el despotismo con sus persecuciones, en esa doctrina inhumana que se traduce en máximas salvajes como la que asegura que la letra con sangre entra y que el loco por la pena es cuerdo. Así todos llevamos dentro un tirano porque hemos sido amamantados en unas enseñanzas sombrías, que, divorciando el cuerpo del alma, han erigido la expiación en bienaventuranza, la crueldad en pedagogía, la persecución en obra piadosa, en medicina el látigo y en escuela de ciudadanos la lucha de fieras. Y de esta manera, no pudiendo romper ese círculo metafísico, volvemos siempre al punto de partida, como en los *corsi é ricorsi* de Vico, pasando alternativamente por el progreso y por la barbarie, por la libertad y por la servidumbre.

*
* *

Parece que en el Hospital ha sido muerto un loco á palos. Hace ya un siglo que Pinel, en su *Nosographie*, expresábase en estos términos: «Es preciso tener para el enfermo el mayor interés y la benevolencia más afectuosa... Esta tarea debe también cumplirse por la persona que secunda al médico y por quien tiene la dirección del establecimiento para la policía interior. Necesaria es asimismo la mayor vigilancia sobre los sirvientes, para impedirles que cometan actos de violencia, ni aun meramente ofensivos al enfermo.»